

El legado gramsciano*

Joao Quartim de Moraes**

La celebridad intelectual de Gramsci es póstuma. Contrariamente a Marx, Engels, Kautski, Lenin y a otros grandes teóricos del socialismo que publicaron, si no todos, los más importantes y conocidos de sus escritos; la intensa actividad periodística desarrollada entre 1914 y 1926 por el joven sardo, que se volvió en los años veinte el principal dirigente del recién fundado Partido Comunista Italiano, no le valió el reconocimiento por la envergadura teórica y originalidad intelectual de su pensamiento. No porque amigos y próximos colaboradores ignorasen o subestimasen el alcance de la producción escrita del fundador de *Ordine Nuovo*. Al contrario, después de la muerte de Gramsci, el 27 de abril de 1937 en una clínica de Roma donde Mussolini lo dejara debilitar dos años sin ningún tratamiento médico para su grave enfermedad circulatoria, Piero Sraffa (ya radicado en Cambridge, donde se volvería mundialmente conocido por sus escritos de teoría económica), recibió dos cartas; en una de ellas Palmiro Togliatti le solicitó que anotase por escrito “todo lo que Gramsci le había comunicado, a propósito de la utilización de sus escritos publicados e inéditos y de las cartas de la prisión”.¹

* Publicado en *O Estado de D. S. Paulo*, núm. 454, año VIII 19 de enero de 1991.
(Traducción de Angélica Cisneros Puebla)

** Coordinador de Estudios Estratégicos de la UNCAMP.

En la otra carta, el futuro senador comunista Ambrosio Donini pidió a Sraffa que aconsejase a Tania Schucht (cuñada y principal eslabón del ilustre prisionero con el resto del mundo durante sus últimos años de vida) salir de Italia lo más rápido posible y hacer llegar a manos seguras (las de su hermana Giulia, viuda de Gramsci, y las de Togliatti, ambos en Moscú) los manuscritos que la posteridad consideraría como una de las más densas, profundas y originales obras políticas del siglo XX.

Hasta 1948, Togliatti y sus amigos (veteranos de la guerra de España, de la guerra mundial contra el nazi-fascismo y de la revuelta de los "partigiani" contra Mussolini y los "ocupantes" alemanes) pudieron cumplir con su deber de ejecutores del testamento intelectual de Gramsci.

Comenzando con *Il Materialismo Storico e la Filosofia di Benedetto Croce*, la casa editora Einaudi publicó en el año siguiente (1949) otros tres libros de los cuadernos escritos en la cárcel: *Ili Intellectuali*

e L'organizzazione de la cultura, Il Risorgimento, Note sul Machiavelli, la Política e sullo stato Moderno. En 1950 salía *Letteratura e Vita Nazionale* y, en 1951, con *Passato e Presente* se concluía la publicación de los cuadernos. En estas fechas ya se sabía que Antonio Gramsci era un pensador de primerísima línea.

Para una importante fracción de la opinión italiana, identificada como próxima al Partido Comunista, más que un pensador, Gramsci fue "el primer italiano de este siglo". Primero o no, constituye un patrimonio cultural de su país. Sobre su obra se desbordaron notables no comunistas, como Norberto Bobbio.

No solamente inevitable, sino también indispensable, el debate hermenéutico sobre el significado del pensamiento gramsciano recorrió el orden de las cuestiones y de las dificultades características del género: continuidad o evolución de la posición filosófica y/o de sus temas fundamentales, alcance de sus innovaciones teóricas, coherencia de su inspiración y de su proyecto intelectual, etcétera.



De Italia, el impacto del pensamiento gramsciano se extendió a Francia donde alimentó la polémica sobre el estatuto teórico filosófico del propio marxismo. Fue en buena medida contra el "historicismo" de Gramsci que Louis Althusser elaboró su tentativa de fundamentar la cientificidad de la teoría económica de Marx en un "corte epistemológico" que rompía con los propósitos ideológicos de la economía política burguesa. Apoyándose en Gramsci fue que Roger Garaudy preconizó el "humanismo marxista", suscitando por parte de Althusser la defensa del "antihumanismo teórico" y del "antihistoricismo". La polémica entre gramscianos y althusserianos dominó el debate filosófico de los marxistas, prolongándose por más de una década al introducirse en el mundo académico anglosajón.

El poder de irradiación de la vida intelectual francesa aún es muy grande, mayor en todo caso que el de Italia. Al colocar a Gramsci en el centro de sus discusiones, marxistas y marxólogos franceses contribuirían enormemente para internacionalizar el interés a veces apasionado, por la obra del gran sardo. Más preocupados en extraer del riquísimo arsenal teórico de los *Cuadernos de la cárcel* armas y municiones para las polémicas en que estaban envueltos, que por reconstruir la obra de Gramsci "en sí y por sí", los hermenéutas franceses, con pocas excepciones (las de Christine Buci-Glucksmann y Jacques Texier) acabaron dislocando y desviando el pensamiento de Gramsci por problemáticas (sobre todo "estructural-marxistas") extrañas y contrarias a sus inspiraciones fundamentales. Ninguno de los deslizamientos teóricos de la hermenéutica gramsciana habrían sido tan característicos, en ese sentido, como los de Nicos Poulantzas.

Entremos en uno de los temas más fuertes de la filosofía política condensada en los *Cuadernos de la cárcel* y especialmente en las *Notas sobre Maquiavelo: el Estado y el príncipe Moderno, la Hegemonía*.

Que Gramsci haya renovado, ampliado y profundizado la teoría marxista del Estado es más fácil de constatar que de comprender. Muchos gramscianos respetados llegan a la superación de la concepción estrictamente instrumentalista del Estado (aparato de dominación inicial, corporación de funcionarios y de hombres armados al servicio de la clase dominante) a través de la elaboración de un concepto "ampliado" del poder estatal y de la dominación de clase: decisiva contribución teórica de Gramsci. Aunque, por otra parte, ya se sabe que la superación de la concepción instrumental del Estado se encuentra en *El 18 Brumario de Luis Bonaparte* de Marx. Ahí, el proceso de centralización burocrático-estatal del poder político es expuesto en su dinámica propia, que atraviesa modos de producción (del feudalismo a la gran industria capitalista), revoluciones sociales y contrarrevoluciones, cada una de ellas contribuyendo a su manera, para reforzar la máquina del Estado, hasta volverla (bajo Napoleón el pequeño), un poder especial que no reposa en el aire, sino que se autonomizó considerablemente de la sociedad civil.

No es por tanto exactamente el rechazo de las concepciones simplistas e instrumentalistas del Estado e ingenuamente voluntaristas de la clase dominante (que tratan a la "burguesía" y al "proletariado" como individuos colectivos en todo análogos a los individuos singulares con que cruzamos en la calle o que podemos contemplar en el espejo del subjetivismo, el cual es uno de los corolarios del voluntarismo) que constituye la esencial innovación teórica introducida por Gramsci, sino la profundización ra-

dical de la noción de dominación política. La categoría a través de la cual se efectuó tal profundización y se elaboró la nueva concepción fue la de hegemonía. En buena hora utilizada y explicitada a cada paso de los *Cuadernos*, tal vez en ningún otro pasaje haya sido tan completamente definida como en el que sigue:

...La supremacía de un grupo social se manifiesta de dos maneras: como dominio y como dirección intelectual y moral. Un grupo es dominante de los grupos adversarios... y es dirigente de los grupos afines y aliados. Un grupo social puede y debe ser dirigente aun antes de conquistar el poder gobernante (ésta es una de las principales condiciones para la propia conquista del poder); en seguida, cuando ejerce el poder el mismo que lo mantenga con pulso fuerte, se vuelve dominante, mas debe continuar y ser también dirigente.²

La función dirigente se origina de y se arraiga en la sociedad. Condiciona históricamente, en cuanto “momento del consenso hegemónico”, la dominación (momento de la fuerza, ejercicio de la coerción).

El proceso que hace de la burguesía francesa en el siglo XVIII la clase hegemónica de la sociedad francesa constituye el resultado histórico de la conjunción del desarrollo de las relaciones capitalistas de producción y la consecuente ascensión política de la burguesía (que, como se sabe, fue cooptada por el gobierno en la persona de alguno de sus más ilustres representantes: Luis XIV, en el siglo XVII), y de los múltiples factores de ruptura del *Ancien Regime* que, combinadas con las tensiones coyunturales de fines de 1780 conducirán al ciclo revolucionario, simbólicamente desencadenado por la toma de la Bastilla por el pueblo parisino.

Mucho antes del 14 de julio de 1789, la burguesía ya ejercía la “dirección intelectual y moral” de la sociedad francesa. Después de la concepción golpística-conspirativa de la revolución, el acto de fuerza que derribó la monarquía absoluta del derecho divino fue la función hegemónica asumida por la burguesía francesa.

Por tanto, la función hegemónica constituye un proceso cultural evolutivo a lo largo del cual los valores de una clase social históricamente ascendente impregnan molecularmente las categorías sociales adyacentes, ganando la adición de intelectuales unidos de la clase dominante. El ejemplo más notable, una vez más, es el de la Francia del siglo XVIII, en donde algunos de los más brillantes espíritus de la aristocracia se adherían a los principios de los enciclopedistas. Análogicamente, los principales teóricos y dirigentes del movimiento obrero del siglo XIX —los ejemplos de Marx y de Engels son los más notorios— eran de origen burgués.

La concreción histórica y densidad analítica que la categoría de hegemonía trajo para el aparato conceptual marxista es inmensa. Todas las multiformes manifestaciones de la historia social y cultural de cada pueblo considerado en su particularidad pasan a ser políticamente significativas, desde sus técnicas de producción (son célebres los análisis gramscianos del “fordismo” en los EU) hasta el funcionamiento y el contenido de su sistema escolar. No hay dimensión de la cultura o del folklore (de las aspiraciones de la juventud a la organización de los intelectuales, del Rotary Club a la masonería, del sexo a la religión) a la que no hayan sido dedicadas algunas páginas de los *Cuadernos de la cárcel*. Y con ironía. Justamente esta sensibilidad goethiana aplicada a la inagotable fuente de creatividad políti-



co-cultural de la sociedad, fue la que suscitó entre los comentaristas marxistas de Gramsci, las más fuertes reticencias. Más que a Althusser (pensador original preocupado en seguir su propio camino intelectual y no en rectificar trayectorias extrañas), cupo a Nicos Poulantzas la “poca gloria de rectificar” la noción gramsciana de hegemonía y “rescatarla” del furor clasificatorio del estructuralismo.

Por concernir a los conceptos fundamentales de la teoría marxista del Estado, la crítica de Poulantzas a Gramsci merece ser fuertemente criticada.

El error de Gramsci, según Poulantzas, consistió en “restringir el concepto de hegemonía” y distinguir “en las estructuras de dominación y de explotación de la sociedad moderna, entre poder directo de dominación-fuerza y coerción-ejercicio por el Estado... y poder indirecto de dirección intelectual y moral, y de organización-hegemonía: éste sería ejercido por la clase hegemónica en la sociedad civil por medio del conjunto de organizaciones habitualmente consideradas como ‘civiles’: la Iglesia, la escuela, las instituciones culturales”.³

El poder político se separaría en un poder “institucionalizado” (fuerza) y en un “poder no institucionalizado” (hegemonía). Ahora, el concepto “hegemonía” no se limita a la esfera de lo “no institucionalizado”; abarca, también, “el carácter de organización y de dirección del poder de Estado y el carácter coercitivo del poder no institucionalizado”.⁴ Es el príncipe explicando el Padre Nuestro al vicario. Y explicando mal, porque Gramsci no asimila la hegemonía cultural a lo no institucionalizado, sino al contrario, insiste en la organización de la cultura, en la función decisiva de los intelectuales orgánicos de mirar al proceso de institucionalización de las expresiones multiformes de la lucha por

una nueva sociedad y una nueva cultura. No es casualidad que consagrara sus mejores energías a la dirección de un periódico llamado *Ordine Nuovo*.

La confusión más grave de la hermenéutica poultanziana, entre tanto, radica en que, en su obsesión por sistematizar conceptos, no percibe que Gramsci contrapone hegemonía (dirección cultural) a dominación (ejercida por el Estado), cuando y solamente cuando describe el proceso a lo largo del cual una clase políticamente dominada se vuelve culturalmente dominante. No es Gramsci sino la clase dominante, quien limita la hegemonía de la clase dominada a la esfera intelectual y moral. Cuando está al frente de un proceso revolucionario, conquista el poder del Estado, de él se servirá tanto para erigirse en una nueva clase dominante, como para dirigir culturalmente a la sociedad. De otro lado, es obvio que la cultura, sobre todo en su expresión práctico-normativa (usos y costumbres, valores) ordena un aspecto (a veces fortísimo) de coerción. Lo sabía Gramsci y lo sabíamos todos, antes de leer a Poulantzas.

Mucho más confiable que la hermenéutica francesa, la gramsciología italiana (V. Gerratana, G. Urbani, F. Lombardo, Spriano, Portelli, DeFelice, Auciello, etc.) llegó después de mucha discusión y alguna controversia a un consenso global sobre la dialéctica continuidad/cambio en la obra del "primer italiano de este siglo".

A los siete volúmenes (seis arriba mencionados, más la *Lettere dal Carcere*) en donde se reunieron los escritos de la prisión, la editora Einaudi aumentó otros cinco: los *Scritti Giovanili* (1914-1915), *Sotto la Mole* (artículos escritos por Gramsci en el periódico fonimense *Avanti*, de 1916 a 1920), *L'Ordine Nuovo* (1919-1920), *Socialismo e Fascismo*, *L'Ordine Nuovo* (1921-1922) y la *Costruzione del*

Partido Comunista (1923-1926). De éstos, los dos primeros son considerados obras de juventud.

Los otros tres corresponden a la actividad de formación y de dirección del comunismo italiano, que hoy más que nunca, es considerado por oposición al comunismo stalinista, la vertiente fecunda y creadora del movimiento iniciado hace un siglo y medio por Marx y Engels.

No por casualidad los teóricos soviéticos de la *glasnost* y de la *perestroika* descubren hoy que "eran gramscianos sin saber". Entendamos: niegan un socialismo que ha perdido su función hegemónica, manteniéndose como mera dominación coercitiva y exigen que el poder de Estado se incline delante de la sociedad, para que de ésta germine (aún con convulsiones y crisis) un nuevo consenso hegemónico.

Exactamente porque la obra de Gramsci constituye una referencia de gran valor para una izquierda empeñada en repensar los fundamentos teóricos y ético-cívicos de su voluntad de transformar el mundo, conviene tratarla con el mismo sentido de historicidad y el mismo rigor crítico que la animó.

Gramsci no fue, como sugieren algunos de sus divulgadores, un sociólogo liberal de izquierda, sino un dirigente revolucionario cuyo horizonte histórico le ofrecía la inútil matanza de 1914-1918, y la exaltante pero frustrada esperanza del *bienio rosso* de 1910-1919; más adelante, el terror fascista y la ascensión del nazismo donde se hipotecó un futuro que no llegó a ver.

Cuando caracteriza la lucha por la hegemonía como una "guerra de posiciones" no sólo contrapone el Occidente (políticamente denso y consistente, donde el Estado se prolonga en los aparatos privados de hegemonía) al Oriente (gelatinoso y primitivo),⁵ también reformula el nexo entre guerra y política.



Aquella no es apenas continuación de ésta por otros medios. Hay entre ambas intrínseca analogía. La lucha política, en el Occidente, correspondía a la guerra de trincheras de 1914-1918: lucha encarniza-

da por la conquista de posiciones en un territorio densamente ocupado. Lejos de confundirse con la sociedad civil de los liberales, inmenso mercado donde individuos atomizados compran y venden, la de Gramsci es dramáticamente concebida como el suelo histórico donde se confrontaban el viejo y el nuevo orden.

Medio siglo después de su muerte y un siglo después de su nacimiento, la presencia de Gramsci es sin duda intensísima.

Pero el tiempo histórico es otro. Discernir en el *corpus* gramsciano lo que para nosotros está vivo y lo que está muerto, exige se nos perdonen la repetición, sensibilidad histórica y rigor teórico.

El capitalismo que él, como Lenin, consideraba moribundo, se muestra hoy con mejor salud que el socialismo, tal vez sea por la hábil adaptación de técnicas socialistas de planificación y de regulación, mientras que el socialismo no supo adaptar a sus fines técnicas capitalistas del mercado.

Con el gramsciano Berlinger y con Gorbachov, el comunismo reconoció que la libertad es un valor universal de la civilización y no apenas un lujo burgués. Habrán modificado la letra, pero no el espíritu del legado gramsciano.

Notas

- 1 F P. Spriano, *Storial del Partito Comunista Italiano*, vol. III, Einaudi, 1970, pág. 156. Sobre la carta de Ambrosio Donini, ib., pág. 156. Treinta años más tarde, en *Depoimento la Spiano*, Donini contó que a fines de 1938 llevó fotocopias de los manuscritos gramscianos de Moscú a Barcelona, donde se encontraba Togliatti. Juntos comenzaron el trabajo de lectura e interpretación a la luz de las velas.
- 2 Gramsci, *Il Risorgimento*, pág. 70.
- 3 Nicos Poulantzas, "Preliminares a l'étude de L' hégémone dans L'Etat", *Les Temps Modernes*, 21 (234), octubre de 1965, pág. 893.
- 4 *Ibid.*, pág. 894.
- 5 No hay duda que el tiempo histórico fluyó con extrema lentitud en el Oriente cuando se compara con Occidente.

Esta casi inmovilidad secular recibe un orden social cristalizado, pero no "gelatinoso".

Visiblemente, la imagen de la gelatina se aplica mal a Asia, a la cultura islámica y el extremo oriente. Carlos Nelson Couhinto recordó con razón que esa distinción fue elaborada por Gramsci para "explicar las razones por las cuales el modelo estratégico de los bolcheviques fracasará en los países capitalistas más desarrollados de Europa". ("Las categorías de Gramsci y la realidad brasileira", en *Presença* 8, septiembre de 1986, pág. 154). Pero Gramsci, que clasificó como "primitivas y gelatinosas" a sociedades de sólida y antiquísima civilización, incurrió en el viejo pecado etnocentrista de la social-democracia occidental.